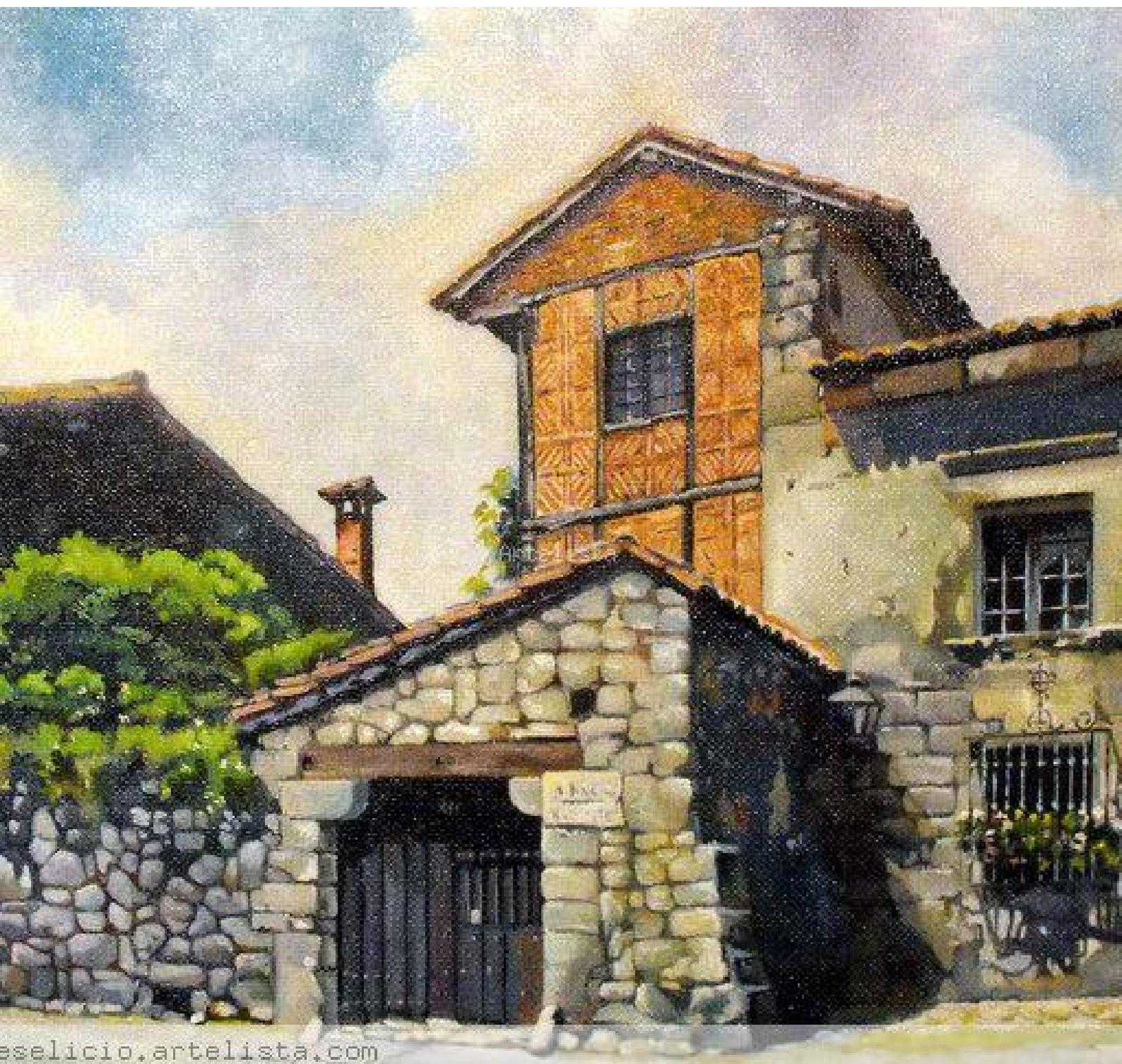


Tumba para el insepulto

Cristhian Villegas Pintado



eselicio.artelista.com

Capítulo 1

Tumba para el insepulto

En la casa de la esquina hacía tiempo que no se escuchaba un ruido. La gente del pueblo sospechaba que viva el doctor y su mujer, pero salvo por el jacaranda del patio trasero que seguía floreciendo, nadie podía afirmar que algo tenía vida dentro de aquellas paredes.

Algunos curiosos se acercaban a los alrededores de la casa y fingiendo despreocupación estiraban los cuellos para mirar por entre las ventanas o agudizaban el oído para percibir algunas voces, algún movimiento. Pero era solo el silencio lo que hallaban. Aquel hermético aposento se había ido envolviendo, con el tiempo, en un halo de misticidad y leyenda. Muchos se entristecían por el destino de aquella pareja y para consolarse inventaban haberlos visto una que otra vez en su patio, bajo la sombra del jacaranda, conversando en voz baja y contemplando las infranqueables paredes de su casa, de la cual jamás irían a salir. Pero esta compasión duraba solo un instante, luego recordaban la traición del doctor y la rabia avinagraba el dulce sentimiento.

Los días posteriores a la masacre de 1920 algunos pobladores armados de cuchillos, hachas, hoces y algún que otro arcabuz habían rodeada la casa del doctor esperando que saliera. Pasaron horas interminables, bajo el calor de los días y el frío de las noches, pero ni un ruido se percibió tras la puerta. Los pobladores maldecían el tiempo que el cura, fallecido hace muchos años, vivió en aquella casa, ya que por respeto a él es que no la destrozaban y entraban a la fuerza a matar al doctor y quizá, también, a su mujer.

Con el tiempo fueron desistiendo de la venganza y poco a poco fueron abandonando la espera. Solo unos cuantos vigilaban sin descanso. Comían, bebían y dormían en los alrededores de la casa. Incluso algunos hombres, aprovechando la obscuridad de la noche, hacían el amor con sus mujeres, ocultos, tras lo matorrales contiguos al lugar. Merced a los cigarrillos, al agua ardiente, a la vigilia y a la contante contemplación muchos sufrían visiones y ensoñaciones: veían al doctor salir de la casa o entrar a ella. Se levantaban entonces eufóricos, con los ojos adormilados e inyectados de sangre, y asiendo de mala manera sus armas embestían al espejismo, pero era solo el vacío lo que hallaban. Eran tan comunes estas ilusiones que muchos las ignoraban y las dejaban desfilan, sin inquietarse, ante sus ojos; sin embrago a la claridad del día y de la conciencia creían que quizá algunas de ellas no habían sido una ilusión si no la realidad.

Un día finalmente se cansaron y recogiendo sus armas regresaron a sus

casas convencidos que la vida se encargaría del doctor.

El tiempo fue dejando atrás los ímpetus de venganza más no el rencor. Cuando, años después, el coronel del pueblo dio la noticia de la muerte del doctor muchos descorcharon sus vinos, guardados para aquella especial ocasión; pero no fueron pocos los que suspiraron y arrojaron a su pesar y con temor algunas lágrimas.

El coronel jamás olvidara el olor a encierro que le sofocó las narices cuando acompañado de sus cuatro indios penetró en el lóbrego y anhelado aposento. El aire, estancado y viciado, tenía una mezcla de sustancia caliente y húmeda que manchaba. Parecía que la piel se ponía de color ceniza al contacto de ese viento envenenado por el tiempo y la desidia. Todo estaba cubierto de polvo. La mesa, que solo era una cascara hueca, se desbarató cuando quisieron moverla y de sus astillas carcomidas y renegridas brotaron unas terminas enormes del tamaño de las cucarachas. Por el suelo, apilados en un rincón del cuarto en penumbras, una ruma de periódicos parecía mantenerse intactos. El coronel los levanto y quito la capa de polvo que cubría sus páginas. A pesar del tiempo los periódicos estaban en buen estado, sus hojas parecían nunca haber sido tocadas por que no había dobleces ni manchas. Que extraño, pensó el coronel, parecía que nunca habían sido leídos. Recordó cuando el doctor iba a escondidas por la madrugada hasta su casa a pedirle el periódico que traía siempre el correo. Tal vez quería saber solo la fecha y el año en que se encontraba, o quizás aquel simple rito del periódico era el falso enlace que quería mantener con la realidad de un mundo del cual hacía tiempo había renunciado.

Pero lo que más conmovió al coronel era la hamaca, colgada de las ramas del jacaranda, en donde su amigo esperaba que pasara el tiempo y que llegara en silencio y sin dolor la muerte. Era la misma hamaca que trajo hacia 25 años en ese inmenso baúl que todo el pueblo confundió con una caja de muerto. Estaba remedada y cubierta de parches. Parches, que sospecho el coronel, eran cocidos en tardes de calor y penumbras, por su mujer, con una dedicación que solo podía ser motivada por un amor no correspondido. Al observar la hamaca de cerca creyó hallar la huella del cuerpo del doctor impresa en sus telas. Sintió lastima, ahora sí. Cuando halló el cuerpo de su amigo suspendido en el aire, envuelto el cuello en una soga que pendía de una viga, no se había conmovido. Pese a todo esperaba la llegada de aquel momento fatal, intuido en las sombrías y escuetas palabras del doctor, y su corazón ya se había preparado para no padecer. Pero ahora que veía la pobreza y la miseria en que había muerto su amigo sintió verdadera lástima. Ladeo la cabeza para no mirar más y enjugo una lágrima que asomó caer.

Los indios, que esperaban nerviosos alguna orden del coronel, miraban aterrorizados el deterioro que el tiempo y sobre todo el olvido habían hecho en aquel hombre, que otrora recordaron como gran personaje del

pueblo. Uno de ellos recordaba como su niña había salvado de morir por una gripe que le había llenado de sustancias viscosas los pulmones. Ahogada y amoratada por el aire que no podía respirar, se salvó de la muerte por unas ventosas y cataplasmas que el doctor le colocó en la espalda, sin descansar ni dormir, por tres días seguidos. Al cuarto día la niña correteaba por las calles empolvadas del pueblo sudando y respirando sin ningún problema.

A una orden del coronel los indios bajaron el cuerpo exánime del doctor y lo colocaron sobre el piso. Tenía el cuello llagado y la lengua amoratada. El cuerpo aún estaba tibio pero sus manos agarrotadas empezaban a sombrearse y a tomar el color de la tierra húmeda. El rostro, sin embargo, aparecía placido. Sus ojos seguían diáfanos y la piel, aunque cubierta de venas hinchadas, tenía el sonrojo que adoptó el doctor a causa de la canícula que abrasaba al pueblo. El coronel se sentó al lado del cadáver y esperó a que llegara el alcalde con la autorización del entierro.

Durante el tiempo que llevaban en el cuarto, el coronel y los indios habían escuchado algunas voces que provenían de las casas vecinas. Curiosas y expectantes, las gentes no quitaban los ojos de la casa esperando el desenlace; atentas al destino final del cuerpo del doctor. La mayoría compartían el mismo rencor vivo y no creían que el coronel tomara el riesgo de darle cristiana sepultura a ese hombre indigno. Sería suicida desafiar la voluntad del pueblo que quería que el cadáver del doctor se pudra bajo ese sol incandescente y que, mientras el tufo putrefacto invadía los rincones del pueblo metiéndose hasta por debajo de las camas, los gallinazos saciar su hambre llenándose los buches con los desperdicios de su carne. Tal era el espectáculo que esperaban ver que muchos habían sacado sus mecedoras a la sombra de los ficus para disfrutar mejor del acontecimiento. Algunos incluso hacían apuestas del tiempo en que durarían los gallinazos en escamotear todo rastro del doctor.

Conocedor del odio popular el coronel sudaba a chorros, más por el miedo que por el calor. Comprendía en cierto punto su ira. Hasta él mismo se había enfurecido el día en que se enteró que el doctor se había negado a auxiliar a los heridos del fraude electoral que en 1920 enfrentó al pueblo con las fuerzas del orden. Muchos habían muerto, despanzurrados por el plomo de los arcabuces, pero otros tantos habían llegado arrastrándose a la casa del doctor, heridos pero aún con vida. Al día siguiente de la noche funesta de la masacre, decenas de hombres amanecieron muertos recostados en la puerta de la casa del doctor: habían esperado inútilmente que este saliera a socorrerlos. Ni los deudos de los fallecidos ni el pueblo entero perdono aquella falta de piedad. El doctor fue declarado, en una proclama encendida, el enemigo número uno y condenado al ostracismo.

Solo el coronel sabía el motivo: el espeluznante terror que sintió el doctor al divisar por su ventana el espectáculo atroz de la masacre y al percibir el olor a sangre y pólvora que cubrió al pueblo. *"Fue tal la impresión que*

quede estático”, le confesaría entre balbuceos y lágrimas el doctor a la mañana siguiente de la masacre; y luego de un vehemente desahogo decidió cerrarle las puertas de su casa al pueblo para siempre. El coronel quiso defenderlo, explicar sus motivos al pueblo, pero al ver los rostros de indignación y rabia de la gente temió hasta por su propia vida.

Mientras pensaba e imaginaba la cara de satisfacción de las gentes, el coronel veía a cada instante su reloj. Era demasiado el tiempo que se demoraba el alcalde en llegar a la casa con la autorización firmada. Aunque, reflexionando mejor, descubrió que el alcalde también compartiría su temor. Sin duda conocía la rabia del pueblo y hasta compartía aquel sentimiento; no quería por lo tanto ser parte del grupo que se revelaba en contra del veredicto popular.

De repente, como escuchando su pensamiento, el alcalde se acercó a la casa y con cara congestionada por el nerviosismo le dijo que no podía autorizar el entierro. A no ser, dijo mientras apartaba al coronel de los oídos impertinentes de los indios, que nos arreglemos de otra manera. El coronel comprendió de inmediato que el aturdimiento del alcalde no se debía a un dilema moral. Condujo entonces al alcalde, que se abanicaba incesantemente la cara con su sombrero roído, al patio trasero sombreado aquella hora por el jacaranda, y entregándole un fajo de billetes lo despidió violentamente de la casa.

Inmediatamente después los indios traían de la casa del coronel el cajón de muerto. Cuando lo vio en el piso un estremecimiento le recorrió el cuerpo. Aquel cajón, reluciente por el encerado que él se había encargado de lustrar desde el día en que el doctor le salvo la vida y le pidió como único pago un entierro digno, había sido comprado para su propio entierro. Recordó las semanas que padeció de un dolor de huesos que lo había secado al punto que parecía un cadáver que movía solo los ojos. El médico, que reemplazo al doctor cuando este se encerró para siempre en su casa, lo había desahuciado y el cura de la parroquia se prestaba a darle la extremaunción cuando en el umbral de la puerta, iluminado por el resplandor del sol, apareció el doctor y acercándose tranquilamente le dio de beber unos julepes que luego de estremecer el cuerpo del coronel por unos segundos lo aniquilo en un sueño tan pesado y tranquilo que por un momento los familiares pensaron que el jarabe había sido dado para acabar con su sufrimiento de una vez. Pero sus temores se disiparon cuando oyeron la tranquila respiración del coronel, seguida de unos ronquidos que les recordaron las siestas que tomaba en el sopor de la tarde. Dos días después el coronel reiniciaba sus actividades postergadas como si nada le hubiera ocurrido y lustraba una y otra vez la madera del cajón que había comprado para él y en el que ahora descansaría su amigo.

Cuando los indios, sofocados por el calor y el encierro, terminaron de clavar la tapa del cajón, tomaron impulso y a un solo tiempo lo levantaron

en andas. El coronel dudo un momento. Afuera se podía escuchar el murmullo creciente del pueblo; este había aumentado luego de que escucharan el sonido de los clavos penetrando la madera. Habrán pensado que he decidido por fin enterrarlo, se dijo el coronel mientras palpaba su revolver convencido de que de nada le serviría ante la feroz muchedumbre. Era el precio que tenía que pagar en honor al hombre al que todo el mundo odio menos él. Abrió el mismo la puerta y una luz ilumino todo el recinto delatando el nerviosismo de los indios que muy recónditamente sabían que también ellos, más por obligación que por decisión propia, se inmolarían por el doctor.

Antes de salir una sombra se movió en la penumbra de un rincón tímidamente alumbrada por la luz de la calle. El coronel enmudeció al ver a una mujer avejentada que arrastraba los pies llevando en sus manos un retrato desvaído. No tuvo necesidad de preguntarse quién era solo la observo acercar sus labios marchitos al cajón y besar temblorosa su madera. El coronel jamas olvidaria la mirada inundada de lagrimas y gratitud que les dirigió luego la viejecilla. Al salir de la casa volteó y la encontro en el mismo rincon, llorando, al ver alejarse para siempre al amor de su vida.

En las calles los murmullos se convirtieron en gritos y mientras los indios seguidos del coronel, recorrían el itinerario final de sus vidas rumbo al cementerio, escucharon la detonación del primer arcabuzazo que se perdió en el cielo. Se miraron aterrorizados entre ellos, pero sin para de caminar, convencidos ahora sí, que no solo estaban llevando el cuerpo del doctor a enterrar en el cementerio, sino también los suyos propios.

FIN